

REVISTA ESTUDIANTIL

ENTRE LINEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



REVISTA ESTUDIANTIL ENTRELÍNEAS
Año 11. No. 11. Semestre B de 2023 ISSN: 2256-2133

Rector

Omar Albeiro Mejía Patiño

Vicerrectora de Docencia

Martha Lucía Núñez R.

Vicerrector Desarrollo Humano

Diego Alberto Polo Paredes

Vicerrector Administrativo y Financiero

Mario Ricardo López Ramírez

Vicerrector de Investigación – Creación, Innovación, Extensión y Proyección Social

Jonh Jairo Méndez Arteaga

Director Idead

Carlos Arturo Gamboa Bobadilla

Secretaría Académica Idead

Marien Alexandra Gil Serna

Director Publicación

Nelson Romero Guzmán

Comité Editorial

Carlos Arturo Gamboa B.

Elmer Hernández

Jorge Ladino Gaitán

Hernán Ruiz

Diseño

Andrés Mauricio Ospina Ariza

Asistente Editorial

Norma Constanza Torres Espinosa

Imágenes

Tomadas de la WEB

Dirección

Universidad del Tolima Sede Centro/Barrio Santa Helena

Correo electrónico

revistasidead@ut.edu.co



Suspiros en las nieves eternas: La melancolía y el amor en las montañas del Nevado del Tolima en la novela *Las Hermanas* de Iván Hernández

Angie Daniela Mantilla

Diego Andrés Marín

Fabiola Rocío Peralta

Laura Gisella Páez Ruíz

Lic. En Literatura y Lengua Castellana
X Semestre- IDEAD, CAT Ibagué

En el vasto mundo literario, existen historias que nos transportan a lugares mágicos, donde la naturaleza se convierte en una protagonista silenciosa pero esencial para su trama. De esta manera encontramos editoriales independientes que promueven el gusto por la escritura y la lectura sin dejar a un lado el valor a la naturalidad y la sensibilidad del ser. Este vínculo se fortalece en Frailejón Editores, quienes en representación de Iván Hernández (creador y director de la editorial), resaltan en cada hoja de las obras publicadas, la importancia de reconocer la naturaleza, las costumbres y la familia como pilares en la construcción del deber social del artista.

En el caso de la novela corta *Las hermanas*, nacida de la pluma de Iván Hernández en 1994 y publicada por su editorial Frailejón en Medellín en 2015, nos encontramos frente a una narrativa que teje con maestría los hilos de la melancolía y el amor en un escenario de majestuosidad inigualable: el Nevado del Tolima. Cómo podría ignorar este ilustre escritor

la tierra y los paisajes que lo vieron nacer, si en su obra resalta que “el frío y el silencio del páramo habían sido mucho mejores que la compañía de los hombres” (pág. 14). Y eso no cabe duda de quien por muchos años se radicó en el continente europeo y sintió la ausencia de estos monumentales paisajes.

En este libro breve pero insondable, el autor nos invita a sumergirnos en las vidas entrelazadas de las dos hermanas, Raquel y Sara, cuyas existencias están inextricablemente ligadas al nevado inhóspito que las rodea. A lo largo de poco más de 60 páginas, somos testigos de cómo estas mujeres se ven envueltas en una danza íntima con la naturaleza, donde los sentimientos se manifiestan con la fuerza del viento que sopla entre las montañas.

...se sentía ligada a la casa del nevado, a su silencio, al aroma de los eucaliptos y a la sombra de los robles, mucho más de lo que podría estarlo a una promesa en la que su corazón, su deseo, no habían tomado parte. (Hernández, p. 18).

La relación de Raquel y Sara con el Nevado del Tolima se presenta como una comunión profunda, donde el paisaje solitario y majestuoso se convierte en confidente, en amante y en consuelo. El autor, con su pluma hábil y evocadora, nos muestra cómo estas hermanas van emergiendo ante nuestros ojos con la misma belleza nítida y sin pretensiones que caracterizan al paisaje que las rodea.

La convivencia con la naturaleza se convierte en un catalizador de emociones intensas y contradictorias. Por un lado, la fascinación por la grandeza y serenidad del Nevado del

Tolima se enlaza con un amor profundo y casi místico, donde las montañas se definen en testigos mudos de las alegrías y desafíos de estas mujeres. Por otro lado, la soledad inhóspita del paisaje también despierta una melancolía sutil pero persistente, una nostalgia por lo que fue y lo que ya no volverá. A través de la mirada del autor, podemos sentir la conexión visceral que

Raquel y Sara tienen con la naturaleza. Sus vidas se entrelazan con el paisaje, fusionándose con las montañas, los valles y los cielos que los rodean. Es en esta comunión que se encuentran un refugio y una fuente de consuelo, donde los sentimientos se entrelazan con la grandeza del entorno.

Iván Hernández es el fundador de Frailejón Editores, una editorial independiente de Antioquia. Desde su fundación en 2013, la

editorial ha capturado el corazón de los lectores con sus libros que satisfacen “la sed del espíritu”. Esta iniciativa le permitió tener plena libertad creativa y editorial para seleccionar y publicar libros que se alinean con su visión y pasión. Como editorial independiente, Frailejón Editores se caracteriza por publicar obras cuidadosamente seleccionadas que tienen un enfoque en satisfacer las necesidades y los deseos del espíritu de los lectores.

En la novela *Las Hermanas*, el autor construye una mirada que resalta la profunda conexión emocional que se establece entre

los personajes y la naturaleza, en particular, con el imponente Nevado del Tolima. A través de su escritura, Hernández nos muestra cómo el paisaje inhóspito y solitario del nevado ejerce una fascinación sobre los protagonistas, despertando en ellos una gama de sentimientos y emociones.



I. El éxodo hacia el abrazo de las montañas

En el corazón del Nevado del Tolima, se alza un paisaje majestuoso, un santuario de nieves eternas que envuelve a una familia que ha emprendido un audaz éxodo desde Manzanares. Motivados por la aventura y desafiando las dificultades económicas que afligen sus vidas tras la dolorosa pérdida de la esposa y madre,

se embarcan en un viaje hacia estas tierras impregnadas de serenidad y grandeza.

El patriarca de la familia, un general de guerra, ha tomado la valiente decisión de buscar una nueva existencia, y así, acompañados por la chispa de la esperanza, cinco niños, un hombre adulto y la joven Raquel, la hija menor, se sumergen en un escenario en el que el amor se entrelaza con las imponentes montañas. Así lo expresa el narrador de la novela: “La region era entonces mas inhóspita de como lo es hoy, pero el hombre que la habia elegido ofrecía la oportunidad de comenzar de nuevo” (pág. 11).

Es un viaje lleno de promesas y anhelos, donde cada paso hacia lo desconocido está impregnado de un sentido de aventura y determinación.

La familia deja atrás los paisajes familiares y se adentra en territorio desconocido, donde la naturaleza se revela en toda su grandiosidad; así Hernández hace decir al narrador de su novela: “El frío y el invierno del páramo habían sido mucho mejores que la compañía de los hombres” (p. 15). Los imponentes picos nevados del Nevado del Tolima se alzan como guardianes majestuosos, acogiendo a estos viajeros audaces en un abrazo silencioso pero poderoso.

En cada paso dado en estas tierras, la familia experimenta la maravilla de estar inmersos en un escenario donde el amor se funde con las montañas. El nevado se convierte en un testigo mudo de sus alegrías y desafíos, mientras que la serenidad de su entorno les proporciona un refugio contra las dificultades y los pesares del pasado. Las montañas se configuran en compañeras silenciosas, llenando los corazones de los miembros de la familia con un sentido renovado de esperanza y conexión con la naturaleza.

Este paisaje majestuoso y la experiencia compartida de habitar en su corazón despiertan en ellos una reverencia profunda y una admiración constante. Cada mañana, al despertar y ver cómo los primeros rayos del sol acarician las cumbres nevadas, se sienten envueltos en un abrazo divino. Cada noche, mientras el cielo se pinta de tonos dorados y rosa, su alma se eleva en gratitud por ser parte de esta maravilla natural.

II. La comunión con el paisaje y el cultivo de los sueños

En estas tierras aledañas al Nevado del Tolima, el paisaje se transforma en un amante eterno que cautiva los corazones de las dos hermanas Sara y Raquel. Ante la imponente presencia de las montañas, se encuentran consuelo en la contemplación de su grandeza, como si resultase guardianas de sus sueños más profundos. Cada día, se sumergen en un romance eterno con la



naturaleza, encontrando en el paisaje una fuente inagotable de inspiración y paz.

La dedicación al cultivo de la tierra se convierte en una tarea sagrada para las hermanas, un vínculo íntimo con la naturaleza generosa que las rodea. A medida que sus manos trabajan la tierra fértil, sienten una conexión profunda con la vida misma, una gratitud hacia la abundancia que les brinda el entorno. En cada semilla que plantan y cada fruto que cosechan, ven la materialización del amor que fluye a través de cada rincón de este paraíso alpino.

A través de los ojos de Sara y Raquel, el paisaje se revela como un altar sagrado donde rezan el rosario. En cada Ave María y Padre Nuestro, sienten la presencia divina en la majestuosidad que las rodea: “Se habituó a levantarse mucho antes de que el sol saliera. Eran las únicas horas que podría estar a solas con Dios” (Hernández, p. 20). El amor se materializa en cada pétalo de las flores silvestres que adornan el paisaje, en el susurro del viento entre los árboles y en el canto de los pájaros que parecen entonar melodías celestiales. Cada instante en este paraíso alpino es una invitación a experimentar la plenitud del amor en todas sus manifestaciones.

El paisaje se convierte en un espejo de los sentimientos más intensos de las hermanas. Cada amanecer, mientras el sol se eleva majestuosamente sobre las cumbres nevadas, sienten cómo el amor se despliega en un abrazo cálido y eterno. Cada atardecer, cuando los colores del cielo se funden con las montañas, experimentan una emoción serena que llena sus corazones de gratitud por formar parte de este universo vivo y vibrante.

III. El romance inesperado en la cumbre

En el año 1918, en medio de un tiempo suspendido en la finca, un joven rubio de ojos claros, de judicatura, irrumpe en la vida de las hermanas, llevado por los estudiantes hilos

invisibles del destino y atraído por un pleito minero. Su nombre es Juan María, y su llegada, inmediatamente motivada por circunstancias climáticas que le impiden partir, desencadena una serie de encuentros y acontecimientos que entrelazarán sus caminos con los de las dos hermanas.

El cañón del río, a medida que se avanza hacia su nacimiento, es cada vez más hondo e imponente. Desde las cimas de los riscos descienden las cascadas que se precipitan furiosamente al abismo; al caer cientos de metros más abajo, producen un ruido terrible cuyo eco penetra por todas partes, y hace que el viajero se sienta, a un tiempo, solo y acompañado (Hernández, p. 34)

Desde el momento en que Juan María pone pie en la finca, sus ojos quedan cautivados por la belleza singular de Raquel. Su cabello rubio, que cae hasta la cintura, y su mirada de ojos grises envuelven al joven en una fascinación irrefrenable. Cada rasgo de su rostro y cada gesto de Raquel se definen en un poema visual que despierta en él una atracción magnética. Pero no es solo la belleza externa lo que lo atrae, sino también la fortaleza y determinación que ve en ella; una fortaleza que solo puede provenir de la convivencia con las montañas y la naturaleza salvaje que las rodea.

...el joven no salía de su asombro al oírlas hablar de las enfermedades del ganado, de los pronósticos del tiempo, del estado de los caminos. Le costaba creer que para ellas bastaba una mirada al cielo, el canto de un pájaro o la ansiedad de una gallina para adivinar a qué horas llovería, hasta cuando los caminos estarían intransitables (p. 35)

Sin embargo, mientras Juan María se siente atraído por Raquel, no puede evitar notar la presencia magnética de Sara. Alta y delgada, con ojos azules que reflejan la profundidad de un océano y manos delicadas que parecen tocar el mundo con una suavidad única, Sara irradia una

atracción que no puede pasar desapercibida. Su presencia en las noches solitarias, sus susurros y diálogos imperceptibles, dan lugar a un afecto naciente que florece en la intimidad de esos momentos compartidos.

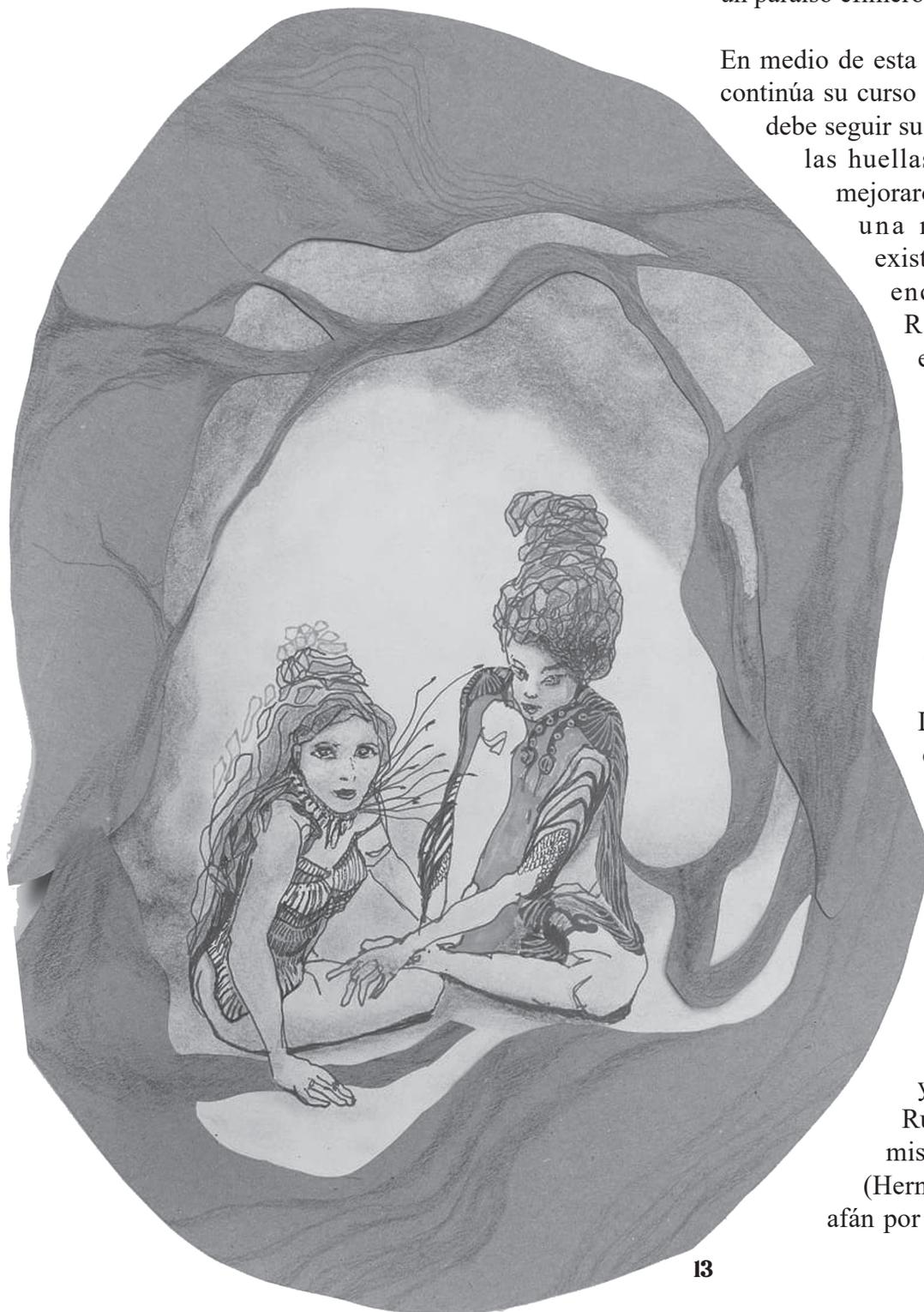
Pero el destino es caprichoso, y pronto llega el momento inevitable de los adioses y la triste

separación. Juan María, consciente de los lazos que ha creado con las hermanas, se ve obligado a enfrentar la realidad de una despedida que se avecina. Es en este momento que el afecto que ha crecido entre ellos se ve desafiado por la incertidumbre y la distancia. Los adioses se vuelven amargos y los corazones se llenan de melancolía, conscientes de que han encontrado un paraíso efímero que deben dejar atrás.

En medio de esta tristeza y separación, la vida continúa su curso y cada uno de los personajes debe seguir su propio camino. Sin embargo, las huellas de ese afecto compartido mejoraron en sus corazones, dejando una marca imborrable en su existencia. El breve pero intenso encuentro entre Juan María, Raquel y Sara se descubrió en un tesoro guardado en el rincón más acentuado de sus almas, recordándoles la belleza de un amor efímero y la tristeza de una despedida inevitable.

IV. La cotidianidad en la ciudad y la añoranza de la montaña

La entrada a la ciudad se convierte en un contraste abismal para las hermanas, quienes extrañan la majestuosidad de las montañas que una vez llamaron hogar, como exclama Raquel en el texto: “Sara, el Señor ha querido que mi vida cambie. Estoy enamorada y voy a atender su llamado. Ruega a la providencia que guíe mis pasos por caminos de bien” (Hernández, p. 57). Raquel, en su afán por encontrar sentido, se refugia



en la religión y en la misa, mientras oculta su secreta vanidad tras una fachada de reina. Por su parte, Sara, con pasmosa servidumbre, acata las órdenes y se entrega a los oficios de la casa. Aunque las montañas se encuentren lejos, el amor por la naturaleza y los recuerdos de su vida anterior persistan, y en la ciudad, se definirán en un bálsamo para sus almas añorantes.

V. El ocaso en la cumbre y el silencio que perdura

Con el transcurso implacable de los años, la viudez llega como una sombra a posarse sobre la vida de las dos hermanas. Unidos por un lazo inquebrantable, Raquel y Sara enfrentan juntas los últimos capítulos de sus existencias entrelazadas. En medio de la rutina y la monotonía de los días, se encuentran consuelo y compañía el uno en el otro, enfrentando las penas y los desafíos que el tiempo les presenta. Sin embargo, un accidente fatídico viene a alterar la calma aparente. Raquel, con su espíritu indomable y su fuerza que parecía invencible, queda postrada en una silla de ruedas. La vida que antes fluía con vitalidad y libertad se ve restringida a los límites de esa silla, marcando un giro espeluznante en la existencia de las hermanas. La casa, antes llena de risas y conversaciones animadas, se sumerge en un silencio opresivo y las sombras de la soledad se cuelan por cada rincón.

Es en este momento crucial que el narrador, testigo silencioso de los años finales, emerge como una voz que nos guía a través de las vicisitudes de la vida de las hermanas: “después de ordenado el día y sus labores leían en un libro un pasaje de la vida de algún santo. Indiferente a todo lo que sucediera alrededor, hablaba con seguridad de lo que era el temor de Dios o el misterio de la Trinidad” (p 72). Nos sumergimos en sus días oscuros y silenciosos, donde la única compañía es el eco de los recuerdos y la sombra de un amor imperecedero que se forjó en las montañas.

Es por ello por lo que en la obra, los protagonistas encuentran en las nieves eternas del Nevado del Tolima un refugio para sus almas melancólicas. Las montañas se configurarían en un símbolo de amor y serenidad, donde la vida cotidiana adquiere una belleza extraordinaria. A través de sus páginas, nos adentramos en un mundo donde el paisaje se funde con los sentimientos más profundos, y donde la melancolía y la belleza de vivir en las montañas se entrelazan en un abrazo eterno.

Finalmente, resulta necesario decir que, esta novela corta y concisa permitió escudriñar cada parte de lo que se conoce como lo es el páramo y su palpitante. Esta trama que nos deja perplejo desde la primera hasta la última palabra, resalta el valor del ritmo narrativo con que juega Iván Hernández. Ese tinte poético que eriza a más de un tolimense a tener que conocer esos preciados frailejones y eucaliptos, a sentir esas brisas que representan la calma y la exaltación del nevado del Tolima y a la vez el sentimiento propio. Sin duda alguna, un relato ligado a la nostalgia, la fragilidad, a lo íntimo y a la muerte.

Referencias Bibliográficas

Hernández Arbeláez, I. (2015). *Las Hermanas*. Medellín : Frailejones Editores .



ENTRE LÍNEAS

